

Mt 18, 12-35

"¿Qué les parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y una de ellas se pierde, ¿no deja las noventa y nueve restantes en la montaña, para ir a buscar la que se extravió?

Y si llega a encontrarla, les aseguro que se alegrará más por ella que por las noventa y nueve que no se extraviaron.

De la misma manera, el Padre que está en el cielo no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños. Si tu hermano peca, ve y corrígeto en privado. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, busca una o dos personas más, para que el asunto se decida por la declaración de dos o tres testigos. Si se niega a hacerles caso, dilo a la comunidad. Y si tampoco quiere escuchar a la comunidad, considéralo como pagano o publicano. Les aseguro que todo lo que ustedes aten en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desaten en la tierra, quedará desatado en el cielo.

También les aseguro que si dos de ustedes se unen en la tierra para pedir algo, mi Padre que está en el cielo se lo concederá. Porque donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos".

Entonces se adelantó Pedro y le dijo: "Señor, ¿cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano las ofensas que me haga? ¿Hasta siete veces?". Jesús le respondió: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Por eso, el Reino de los Cielos se parece a un rey que quiso arreglar las cuentas con sus servidores. Comenzada la tarea, le presentaron a uno que debía diez mil talentos. Como no podía pagar, el rey mandó que fuera vendido junto con su mujer, sus hijos y todo lo que tenía, para saldar la deuda. El servidor se arrojó a sus pies, diciéndole: "Señor, dame un plazo y te pagaré todo". El rey se compadeció, lo dejó ir y, además, le perdonó la deuda. Al salir, este servidor encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, tomándolo del cuello hasta ahogarlo, le dijo: "Págame lo que me debes". El otro se arrojó a sus pies y le suplicó: "Dame un plazo y te pagaré la deuda". Pero él no quiso, sino que lo hizo poner en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Los demás servidores, al ver lo que había sucedido, se apenaron mucho y fueron a contarlo a su señor. Este lo mandó llamar y le dijo: "¡Miserable! Me suplicaste, y te perdoné la deuda. ¿No debías también tú tener compasión de tu compañero, como yo me compadecí de ti?". E indignado, el rey lo entregó en manos de los verdugos hasta que pagara todo lo que debía. Lo mismo hará también mi Padre celestial con ustedes, si no perdonan de corazón a sus hermanos".

CUANDO LEAS

Organizando las palabras de Jesús en cinco grandes Sermones o Discursos, Mateo imita los cinco libros del Pentateuco y presenta la Buena Nueva del Reino como una Nueva Ley. Los cinco Discursos eran como cinco grandes flechas que indicaban la ruta del camino. Ofrecían criterios para instruir a las personas y ayudarles a resolver problemas. Mateo quiere iluminar a las comunidades, para que sean un espacio alternativo de solidaridad y de fraternidad. La sociedad del Imperio Romano era dura y sin corazón, sin espacio para los pequeños. Estos buscaban un abrigo para el corazón y no lo encontraban. Las sinagogas también eran exigentes y no ofrecían un lugar para ellos. Y en las comunidades cristianas el rigor de algunos en la observancia de la Ley llevaba dentro de la convivencia los mismos criterios de la sinagoga. Además de esto, hacia finales del siglo primero, en las comunidades cristianas comenzaban a aparecer las mismas divisiones que existían en la sociedad entre rico y pobre (Sant 2,1-9). En vez de ser la comunidad un espacio de acogida, corría el riesgo de volverse un lugar de condena y de conflictos.

Mateo nos recuerda que las comunidades deben ser Buena Nueva para los pobres. La lectura de hoy se haya dentro Discurso de la Comunidad o Discurso eclesial (Mt 18,1-35). Éste presenta instrucciones sobre cómo debe ser la convivencia entre los miembros de la comunidad, para que sea expresión del Reino de Dios. Encontramos temas bien diferenciados, pero todos van a interpelarnos como seguidores de Jesús, y van a mostrar un eje vertebrador que gira en torno a la vida fraterna y el perdón sin medida.

1. Parábola de la oveja perdida: Fíjate en la fuerza de las palabras que refieren la pérdida, el extravío. Y también en la frase “no quiere que se pierda ni uno solo de estos pequeños”. De nuevo se pone de manifiesto no sólo la solicitud de Dios por los pequeños, sino su gran preocupación y desvelo para que no se “pierdan”. Mateo se refiere con ello a los insignificantes dentro de la comunidad, que han sido llevados quizás por el mal camino y por ello están en peligro de perderse. El valor de estos pequeños queda evidenciado por el hecho de que cada uno de ellos tiene un ángel custodio especial (Mt 18,10).

2. Comportamiento con el hermano que ha faltado. Es la corrección fraterna que, además de constituir criterios para solucionar conflictos, responde a la necesidad de saber acoger a los hermanos y a las hermanas para ayudarles a reconciliarse con la comunidad. Hay tres situaciones: 1. Corregir al hermano y restablecer la unidad; 2. El hermano que no escucha a la comunidad se autoexcluye; 3. La decisión tomada en la tierra es aceptada en el cielo.

3. La oración en común: esta parte no hay que verla como desligada de todo lo anterior. Muestra cómo preocuparse por aquéllos que han abandonado la comunidad. El motivo de la certeza de ser escuchado es la promesa de Jesús: “Allí donde dos o tres están reunidos en mi nombre, estoy yo en medio de ellos”. Jesús dice que Él es el centro, el eje de la comunidad, y como tal, junto a la comunidad ora al Padre, para que conceda el don del retorno al hermano que se ha excluido.

4. El perdón de las ofensas: El número *siete* indica perfección. En este caso, era sinónimo de *siempre*. Jesús va más lejos de la propuesta de Pedro. Elimina cualquier límite posible para el perdón: “No te digo siete, sino setenta veces siete.” O sea, *setenta veces siempre*. Pues no hay proporción entre el perdón que recibimos de Dios y el perdón que debemos ofrecer a los hermanos, como nos enseña la parábola que le sigue.

5. La parábola del servidor despiadado. Para expresar la gran importancia del perdón, se relata la siguiente parábola:

- Contempla la actitud del rey: “se compadeció”; este movimiento interno, del corazón, es el que le permite realizar los actos de “dejarle ir”, es decir, regalarle la libertad, y “además” -hay un añadido- perdonarle la deuda;
- Fíjate en la magnitud de las cantidades: diez mil talentos frente a cien denarios. La deuda de diez mil talentos valía alrededor de 164 toneladas de oro. La deuda de cien denarios valía 30 gramos de oro. ¡No hay comparación entre los dos!

CUANDO MEDITES

- Date cuenta de lo que Dios te está pidiendo en este momento con su Palabra. Piensa en lo que te sugiere la actitud del pastor ante “lo perdido”. ¿Hay acaso algo o alguien que tengas que salir a buscar?
- Fíjate en la gran responsabilidad que se te confía como seguidor de Jesús: la preocupación por los hermanos, y más en particular por los pequeños. ¿Dónde están estos “pequeños” en tu vida? ¿Sientes la misma compasión que el Padre por que no se pierda ninguno de sus pequeños? Reflexiona.
- Jesús no quiere aumentar la exclusión, sino que quiere favorecer la inclusión. Ha hecho esto toda su vida: acoger y reintegrar a las personas. ¿Qué personas necesitan hoy la inclusión en tu comunidad? ¿Eres consciente de la necesidad de perdón de la gente y de ti mismo?

CUANDO ORES

Agradece a Dios la misericordia y el perdón que te muestra y ha mostrado a lo largo de tu vida. Tráelo a la memoria del corazón. Contempla cómo esa misericordia y perdón se hace realidad también en tus hermanos, sobre todo en los más pequeños. Repite las palabras del Salmo 32:

“¡Dichoso al que perdonan su culpa
y queda cubierto su pecado!
Dichoso el hombre a quien Yahvé
no le imputa delito,
y no hay fraude en su interior”.